

## SILUETA Y SIMBOLISMO DE LA CATEDRAL GOTICA.

“Nos has creado, Señor, para que vayamos a Tí; y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Tí”.

San Agustín.

(“Universidad”.—Méjico).

### I

El cristianismo primitivo, combatido por el férreo poder imperial romano, había tenido que refugiarse en las catacumbas. Es en ellas donde se encuentran las primeras manifestaciones artísticas de inspiración cristiana. Pero la arquitectura cristiana no surge sino hasta el momento en que la nueva religión abandona sus refugios para mostrarse a la luz del día, es decir, hasta el siglo IV D. C.

La forma arquitectónica adoptada entonces fue la basílica, procedente del acervo de construcciones romanas. La basílica, convertida en iglesia, era una construcción sencilla, de planta rectangular y techos bajos y planos; predomina la línea horizontal sobre la vertical, como si todas las líneas arquitectónicas condujeran, longitudinalmente, al sitio del altar. Este fue, durante muchos siglos, el vaso sobre el que se vertió el sentido arquitectónico europeo.

Al llegar al mágico despertar de la cultura occidental, al iniciarse una nueva alma colectiva entre los años 900 y 1000 D. C., que amanece a la vida trémula de emoción religiosa, tenía que sobrevenir, necesariamente, la más completa transmutación de los valores artísticos. La forma basilical del templo, legado de la tradición, no satisfacía en manera alguna las altísimas aspiraciones de la época que alboreaba. La nueva conciencia occidental, forjada en los bosques sombríos de Germania o en los brumosos mares escandinavos, había nacido bajo el signo de la inquietud. Alma inquieta como ninguna la de esta Europa, ansiosa de penetrar todos los misterios, de romper todos los límites, de llegar a todas las lejanías; alma nostálgica de infinito, enamorada de la eternidad; siempre insatisfecha, siempre anhelante, siempre atormentada por el afán de constante superación, encontraría su más claro símbolo en el gran solitario Fausto, cuya vida fue búsqueda perenne de hori-



zontes nuevos. Este espíritu occidental no podía expresarse dentro de las formas heredadas del arte clásico de Roma. Nada más opuesto al sentir del hombre occidental que el alma plástica, armónica, del greco-romano, cultivado en la medida, en la belleza escultórica y perfecta, pero por lo mismo limitada. No podía expresarse una emoción fáustica con ropajes apolíneos; el ansia de infinito rechazaba la belleza limitada de la tradición romana. Por eso hubo de abandonarse la basílica. Era preciso encontrar formas jóvenes para sangre joven.

Durante algún tiempo—siglos X a XII—el artista occidental se entrega apasionadamente a la tarea de buscar la forma nueva, que, intuye obscuramente, ha de ser algo distinto a todo lo conocido. Lucha con la tradición: construye aquí y allá, ensaya una forma y otra sin encontrar la buena nueva. Sin embargo, poco a poco, tímidamente, casi más como deseo que como realidad, van manifestándose las tendencias del porvenir. Empieza a predominar, en la construcción del templo, la verticalidad sobre la horizontalidad; se abandona la planta basilical por la cruz latina; aparecen las torres con sus campanarios. Todo impreciso aún; todo como simple heraldo del futuro. Es éste el tiempo del estilo románico, contemporáneo del nacimiento de los ricos idiomas, que derivados del latín, van apareciendo en Europa. El arte románico es por esencia inestable; es un punto de tránsito, una evolución entre el ayer y el mañana; es la representación gráfica de la lucha del alma occidental contra las resistencias de la materia, que le impiden expresar libremente el vuelo audaz de su aspiración. Lucha del espíritu contra la materia se advierte en cada piedra; ésta se levanta trabajosamente, empujada por la energía anímica de su creador.

El combate, como toda lucha, es fecundo. Del fondo del románico brota, como crecimiento natural, el gótico. Cuando surge el gótico—siglo XII—se ha encontrado la fórmula anhelada. Entre el románico y el gótico no hay distinción cronológica clara; uno y otro estilo responden a una misma necesidad espiritual; desde el punto de vista psicológico no hay entre ellos diferencia; son estadios de la evolución de un mismo organismo psíquico. Las distinciones formales—arco de medio punto y arco apuntado, bóveda de cañón seguido y bóveda de crucería, etc.—nada significan en tanto que responden a una misma intuición piadosa del cosmos. Esta intuición no se expresa, empero, en toda su grandiosa amplitud si no es con el ropaje de piedra espiritualizada de las catedrales góticas, cuyas torres, simbólicamente, apuntan al cielo.

El estilo gótico, como todo hallazgo que llena una necesidad verdadera del espíritu, madura rápidamente en las manos cálidas de los artistas occidentales. Técnicamente puede caracterizarse, en su plenitud, por los siguientes rasgos:



1. Predominio de las líneas verticales sobre las horizontales.
2. Predominio del vano (arcos y ventanas) sobre el macizo (muros).
3. Uso de la bóveda de crucería.
4. Uso del arco apuntado (arco formado por el corte de dos arcos).
5. Planta en forma de cruz latina con tres o cinco naves.
6. Girola o nave semicircular, en la que se abren tres o cinco capillas absidales.
7. Pilares compuestos por un núcleo alrededor del cual se agrupan tantas columnillas como nervios tiene la bóveda de arista.
8. Muros sumamente delgados, de escasa función constructiva.
9. Bóvedas formadas por el cruzamiento de seis arcos: dos formos, dos transversales y dos diagonales u ojivos.
10. Sistema de arbotantes y contrafuertes. El contrafuerte es exterior a la construcción y recibe el empuje de las bóvedas, transmitido por el arbotante.
11. Torres altas y esbeltas, terminadas en pináculos, llamados flechas o agujas.
12. Abundancia en todo el edificio de formas agudas, flechas.
13. Fachada calada por numerosísimas ventanas, divididas por columnillas y tracerías de piedra, entre las cuales se destaca la gran rosa o ventana circular central.
14. Puertas de arco apuntado. Coronando la puerta y abarcando el tímpano se levanta el gablete, frontón muy agudo.
15. Un muro triangular—piñón—remata la fachada.
16. Las cubiertas son altísimas y peraltadas.
17. El lugar del crucero se marca, exteriormente, por una aguja.
18. Miles de estatuas de marcada tendencia realista invaden el exterior.
19. Los huecos de las ventanas llevan vidrieras en las que se pintan figuras de colores translúcidos.
20. La ornamentación toma como base la flora más humilde del país.

## II

Para la mirada penetrante del pensador todo lo existente adquiere la categoría de símbolo. Nada puede crear el hombre sin imprimir en su obra el sello indeleble de su alma. Toda creación humana lleva la marca de su creador, al grado que vale en tanto que pudo convertir en signo la intención oculta que impulsó su generación. El hecho histórico es siempre un símbolo; adentrándonos en él llegaremos a comprender el espíritu—libre o atormentado—de quien lo vivió. Para la filosofía contemporánea la historia es un enorme sistema de signos misteriosos que reclaman interpretación. Profundizar: he aquí el imperativo de las ideas de hoy. No quedarse en la superficie de los hechos, sino llegar hasta su íntimo sen-



tido. Para la historia que está por escribirse tiene plena validez el concepto del Conde de Keyserling: “¿Qué es lo valioso, lo esencial? ¿Es el sentido o es el hecho? Es el sentido, sólo el sentido. Los hechos, como hechos, son indiferentes”.

De los diversos sectores de la cultura es el del arte el que ofrece, quizás, más interés para la interpretación. Es en el arte donde se muestra, con nitidez, el sentido de las épocas y las culturas, ya que la obra bella habla directamente a nuestra facultad intuitiva, sin mediación del intelecto.

Para Guillermo Worringer—psicólogo sagaz—la esencia del estilo gótico consiste en el afán dinámico del alma nórdica, que busca el perpetuo movimiento, la línea sin fin, el camino sin término, persiguiendo un límite que nunca llega. La ventura del hombre nórdico (europeo) está en salir de sí mismo, en perderse fuera de sí, en sumergirse en el allende. Esto es lo que revelan las primitivas ornamentaciones germánicas de la época de las invasiones; esto es lo que aparece con brillantez magnífica en el estilo románico y más aún en el gótico. Este impulso de perseguir ensueños no se pierde cuando desaparece el gótico. Penetra en las formas pseudo clásicas del renacimiento y las descompone y las retuerce, hasta formar el barroco. El afán gótico vive todavía en la caprichosidad de las fachadas barrocas y, más aún, pervive, atenuándose, en las formas ondulantes y suaves del rococó, en las que desaparece silenciosamente, como una melodía que se va esfumando.

Para Oswald Spengler—sin duda alguna el espíritu más profundo del siglo XX—el arte gótico es la primera expresión del alma fáustica de Occidente, dominada por el deseo de romper todos los límites, de alcanzar una constante superación. El objetivo de todo el arte occidental ha sido la construcción de un mundo de belleza incorpórea, ilimitada, reflejo del infinito. La catedral gótica quisiera negar toda limitación; en ella la piedra se espiritualiza, se hace ligera, aérea; es como un conjunto de voces impalpables que se levantan a lo alto; los ventanales, con sus vidrieras de colores translúcidos, tienen por efecto la fusión del espacio interior—catedralicio—con el espacio exterior—cósmico—y el creyente arrodillado siente llegar hasta su pecho las luces del universo infinito; todo contorno material desaparece ante la musicalidad que parece emanar de los bóvedas, y que, elevando el alma, la conduce a Dios. Nunca el arte, en su aspiración mística, alcanzó expresión tan sublime como en la catedral gótica. El anhelo de un mundo incorpóreo, sigue pensando Spengler, sobrevivió al gótico. Reaparece, siglos después, en la pintura al óleo, con sus colores de la lejanía—verde o azul; después el gris brumoso, “pardo de taller”—y, sobre todo, con el descubrimiento de la perspectiva: con ella el primer plano pasa a un lugar secundario y el fondo refleja horizontes lejanos que se fugan al infinito. Cuando decae la pintura, el alma occidental traslada sus esperanzas a la música. La música es el arte fáustico por excelencia. En la música encuentra Occi-



dente su forma artística definitiva; el sonido es por esencia incorpóreo y con él puede expresarse libremente la agitación constante de un alma inquieta. El mundo de belleza incorpórea se realiza plenamente; en la música divinamente serena de Bach, cabe el universo entero; en las notas apasionadas de Beethoven vibra el gran misterio del espíritu. La arquitectura gótica y la música alemana, principio y fin del gran arte occidental, marcan las cumbres supremas de la cultura que declina. Tal es el pensamiento de Spengler.

---

“El cuerpo es para el hombre fáustico el vaso del alma”, ha escrito Spengler. Ciertamente. Así la catedral, en cuanto construcción material, no es, para el hombre gótico, sino el pretexto para que el espíritu se lance a las alturas. Todo en el arte gótico indica la firme voluntad de ascender: las líneas verticales, los arcos apuntados, las flechas, todo, unánimemente, señala el camino de lo alto. La catedral gótica asciende, asciende, y, al llegar al término de las agujas que coronan las torres, no detienen su carrera, sino que prosigue su ascensión rompiendo todos los límites. Es como si proyectara su silueta gigantesca allá arriba, muy arriba, más allá de las estrellas. ¿Más allá de las estrellas? Sí, más allá, ¡hasta “tocar el infinito”!

La catedral gótica quiere superar no solamente el espacio, sino también el tiempo. Es el camino, simbólicamente representado, de la salvación eterna. Pocas veces, como entonces, se ha pensado tanto en la muerte. Pero esto no significaba un deseo de morir, de aniquilarse en la nada. Es por el contrario la más enérgica afirmación de la vida. El hombre gótico está devorado por la sed de vivir; por eso quiere vida eterna, vida que independiente escape al torrente fugaz del tiempo. La muerte es para él la puerta estrecha que conduce a una vida inmensa. La catedral gótica es la oración que pide eternidad; toda ella afirma la vida; en todos sus rasgos se repite una y otra vez la frase que después formulara Nietzsche: “Yo te amo, eternidad”. Y esta palabra rueda como un eco de bóveda en bóveda, rítmicamente, con la palpitación de un corazón amante.

Todo el arte gótico está impregnado de ensueños juveniles. Creencia de juventud esculpida en piedra; eso es el gótico. Sus cimientos son creencias religiosas, bases metafísicas hoy casi abandonadas. ¿Arte ficticio? De ninguna manera. Quien esto escribe no profesa religión ninguna. Sin embargo, preciso es decirlo, la vida íntegra del hombre se sostiene sobre creencias. Con la creencia principia y termina todo conocimiento. En lo más recóndito de todo pretendido conocimiento late un acto de fe, un “yo creo” avasallador que ni pide ni da razones. Vivir es saber dar la respuesta adecuada al problema renovado que nos plantea en cada instante la existencia. Ello exige orientación y sólo la creencia imanta las con-



ciencias. Vida y cultura se edifican sobre la voluntad de creer. El arte, como todo lo demás. Y cuando la creencia es grande, también la creación lo es. Es así cómo la catedral gótica subió al corazón humano hasta Dios, tal como lo pedía San Agustín.

RENÉ BARRAGÁN.



Biblioteca de Letras  
«Jorge Juan de los Rios» «Converso»